

# Democracias en el bolsillo

“ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES FUERTES y no partidos”: dicen que esta es la consigna de un ex constituyente de la AD-M19 (El Tiempo, 22/04/96). Esta retórica anti-partidista es una de las tantas secuelas del discurso dominante de la democracia participativa en nuestro país. Una izquierda incapaz de organizarse como partido ha encontrado en la retórica de la participación una salida fácil a su incompetencia.

Pero algunos conservadores, quizás como reflejo de un partido en crisis, también comparten esta concepción de la democracia que se instauró en la Constitución de 1991. Y algunos liberales, como el ex senador y ex ministro Edmundo López Gómez, se aferran ahora a la democracia participativa para defender una eventual consulta popular que nos sacaría de la crisis.

En su reciente columna (El Tiempo, 28/05/96), López Gómez sostiene que no es aceptable comparar el uso de diversos gobernantes del Tercer Mundo les han dado a los mecanismos plebiscitarios para perpetuarse en el poder con la posible utilización de la consulta popular hoy en Colombia. Estas comparaciones se alejarían del rigor que exige la controversia. Según López Gómez, al adoptar los instrumentos de la democracia de participación, nuestros constituyentes se inspiraron en las experiencias de

Francia, Suiza e Italia. Es aquí, y no en la aplicación que han dado los tiranos a la democracia plebiscitaria, donde deberíamos fijar nuestra atención. Aquí el defensor de la consulta no dio en el clavo.

López Gómez no está obligado a tener la memoria de los franceses. Pero los franceses no olvidan que Napoleón utilizó estos instrumentos plebiscitarios en 1800, 1802 y 1804, cuando se hizo emperador hereditario. Su sobrino Luis Napoleón heredó la costumbre. Así se hizo presidente por diez años en 1851 y finalmente emperador en 1852. Por ello, entre los demócratas y republicanos franceses —y así lo advierten muchos autores, como Vernor Bogdanor— existe una larga tradición sospechosa de los referendos.

De Gaulle los volvió a utilizar como instrumento para legitimar sus afanes autoritarios. Después de De Gaulle, es cierto, los franceses han vuelto a recurrir al referendo aunque en muy pocas ocasiones. Y nunca para salvar al gobierno de turno.

La comparación entonces con Marcos en las Filipinas o con Eyadema en Togo no solo es válida. Es central al argumento. Puede extenderse a otras experiencias de Occidente, además del bonapartismo en Francia: Alemania en 1934, Chile en 1978,

1980, 1988 y 1989. También es cierto que casi todas las democracias europeas contemporáneas han acudido a los referendos.

Pero, con la excepción de Suiza e Italia, solo lo han hecho extraordinariamente. Y de todas maneras, lejos de buscar la legitimación de autoridades cuestionadas, estas convocatorias han buscado definiciones sobre temas específicos: aborto, permanencia en la Comunidad Europea, ingreso en la OTAN.

En Colombia no sabemos aún cuál sería la fórmula de una eventual consulta. Aunque la vaguedad de la propuesta sí queda claro su propósito legitimador, contrario a los clásicos postulados de la democracia liberal y representativa.

Por lo demás, López Gómez evade otros aspectos del debate. Las razones sobre la inconveniencia de recurrir a una consulta en un país de suyo polarizado no merecen su atención. Tampoco nos dice cómo la consulta resolvería los problemas desatados por el ingreso

de dineros mafiosos en la campaña presidencial. Ni toca el interrogante de la responsabilidad política del Presidente. Ni se detiene en el serio problema del creciente aislamiento internacional del país. En últimas, se limita a repetir una retórica desgastada: que hay que apelar al pueblo porque ello es lo “democrático”. Y a descalificar a sus contrincantes con los adjetivos de “conservadores de extrema” y de “liberales golpistas”, sin mayores argumentos.

Ciertamente el “asunto es de fondo”, como lo dijo el mismo López Gómez. Pero López Gómez no va al fondo del asunto. Su artículo desconoce las complejidades de la controversia actual sobre el tema democrático. Desde la izquierda, por ejemplo, Arthur Lipow advierte que las democracias plebiscitarias no son efectivamente democracias: es falso que ellas le den poder real al pueblo.☺

*Eduardo Posada Carbo  
de “El Tiempo”, Bogotá,  
junio 5/96*